

EL NIETO

Salió de Toledo con el amplio pantalón a lo zuavo, el cuello alto de deslumbrante blancura, y la guerrera ajustada sobre su talle. En su rostro exangüe quedaba poco de la robustez del abuelo y la salud de hierro del hijo. Un siglo de guerras de fatigas y penalidades había dejado para él poca sangre y poco músculo.

Se aburría; se aburría. Él, que había soñado noches enteras con Napoleón y recordaba las historias del abuelo contadas por su padre en las veladas, veía reducida su existencia a las guardias monótonas, a desasnar reclutas en los campos de maniobras y a mandar el piquete en procesiones y entierros.

¿Es que las guerras habían acabado ya para siempre? ¿Acaso España tendría el ejército por puro lujo?

Fue a Melilla para sufrir una terrible decepción. Se acabó. Ya no quedaban en España guerras de verdad. El ser militar era un oficio.

Pero surgió la insurrección de Cuba, y entonces el joven recobró de un golpe todo su entusiasmo.

Se embarcó de primer teniente a los 27 años. O dejaba la piel allá o volvía de coronel.

¡Qué modo de moverse! Aquel teniente era una salamandra, siempre en medio del fuego. A los primeros tiros ya iba por delante de todos, sintiéndose tentaciones de salirse de las líneas. Revivía en él el abuelo, aquel que luchaba con los franceses a navajazos y mordiscos.

Le hirieron y... cruz al canto. Hizo una hazaña estupenda y... otra cruz, pero con ascenso para el jefe de la columna.

Le hirieron otra vez, y tercera cruz; el Gólgota completo.

Mientras tanto, las propuestas, derramando una lluvia de ascensos sobre las mangas privilegiadas. Y el infortunado teniente herido y condecorado veía comandantes y tenientes coroneles a compañeros de colegio que marchaban tras él. A este «por haber llevado un aviso», a aquel «por haber infundido valor a un maquinista de tren», y la lluvia de mercedes continuaba.

Lo que no pudieron las balas lo lograron las fiebres. Cayó enfermo y volvió a España. ¿Qué le quedaba que hacer allí?

Y volvió a la Península cubierto de cruces.

Las cruces eran fúnebres; cubrían un cementerio.

Viviría. Contaba con un oficio como otro cualquiera, ¿Fe en el porvenir? ¿Quién había de inspirárselo? Su abuelo había tenido un Espartero para creer en él. Su padre un Prim a quien adorar. Él... ¿a quién? No había conocido más que caudillos fracasados.

Y el teniente, joven-viejo, anda por ahí repitiéndose con tristeza:

—Mi padre no se engañaba; he llegado demasiado tarde. No hay que excederse, no hay que pensar. Esto no es una nación; es el patrimonio de unas cuantas familias. Unas se reparten la política y otras el ejército...